

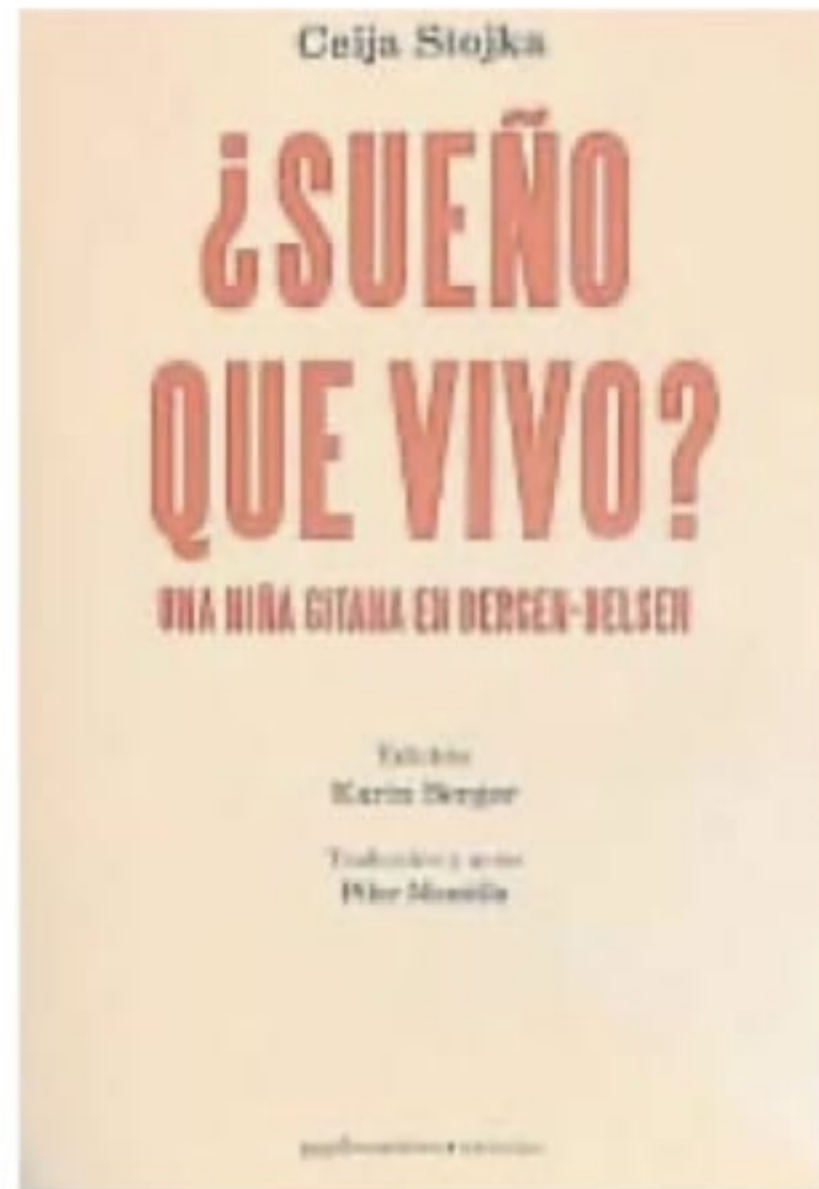
INSTINTO DE LIBRERA / EVA COSCULLUELA

Sobrevivir al horror

Ceija Stojka nació en 1933 en Estiria, en una familia gitana lovara. Sus padres viajaban de pueblo en pueblo vendiendo caballos hasta que la anexión de Austria a Alemania impuso nuevas leyes que prohibían el nomadismo. La familia se trasladó a Viena y convirtió el carromato en el que viajaban en una cabaña donde establecerse, pero las Leyes Raciales de Núremberg señalaban también a los gitanos y pronto empezó la persecución.

En 1945, su padre fue detenido y llevado a Dachau. La madre con sus seis hijos, su hermana y sus sobrinos fueron trasladados primero a Auschwitz y a Ravensbrück y finalmente a Bergen-Belsen. La zona destinada para la familia era la peor, junto a los montones de cuerpos muertos que no eran enterrados. Dormían sobre la tierra, no había camas ni suelo: solo unos tablones sueltos de madera que en otro tiempo habían sido paredes. Y es que incluso dentro del campo, los gitanos constituían una clase inferior: eran los apestados de los apestados.

El calor de esos cadáveres fue su único cobijo contra el frío. Los niños se metían en los huecos que dejaban esos montones: «¡Es mejor que te metas entre los muertos, ahí no hay viento...!», les pedía



Portada del libro. HERALDO

la madre para que no murieran congelados. No había comida ni agua: sobrevivieron chupando las gotas de la niebla condensada en las alambradas y comiendo tierra, tela de los harapos de los muertos y hojas de los árboles.

A la vez que el Museo Reina Sofía expone sus pinturas —unos cuadros a medio camino entre lo ‘naíf’ y el ‘art brut’ donde vierte sus recuerdos de aquellos días—,

Papeles mínimos, el exquisito sello dirigido por Imanol Bértolo, ha publicado ‘¿Sueño que vivo? Una niña gitana en Bergen-Belsen’ (Edición de Karin Berger, traducción de Pilar Mantilla), el estremecedor relato de la estancia de Stojka en el campo de concentración.

El horror visto desde los ojos de una niña de once años —a pesar de la dureza y de lo amargo de los hechos vertidos en estas memorias, el libro es un canto a la vida, un texto luminoso con una fuerza inusual. «La auténtica verdad, el miedo y la miseria, lo que realmente nos hicieron, eso no te lo puedo contar», decía Stojka. La autora quiso dejar escrito su testimonio, hasta donde fue capaz de contar, para que nadie olvide lo que pasó. Para que nadie olvide hasta donde pueden llegar la bajeza moral y la miseria humana. Leerlo es una forma de cumplir ese deseo.

ARS SONORA / JUANJO BLASCO ‘PANAMÁ’

Peart, adiós a ‘Tom Sawyer’

Ha muerto Neil Peart. Era el batería de Rush. Nunca he creído que hablar de música (discos, libros...) fuera un asunto bibliotecario. Hoy en día quien quiera datos los tiene en internet, en el servidor que guste. Y hay músicos expertos en darlos, así que los turistas (el primer paso lo da el que esto firma) en ese campo estamos un poquito de más. Si mi habilidad musical más complicada ha sido tocar (mal) la pandereta en la tuna ya puedo recopilar artículos sobre diferentes modelos de pedales que no, que no, que no (De Luxe ‘dixit’).

Ha muerto Neil Peart. Era el batería de Rush. Y yo de Rush solo se hablar en primera persona. ‘Sorry’. A mí me asustaron hace muchos años con que «era un grupo que solo les podía gustar a los músicos» por aquello de la destreza instrumentística y tal. Pero oí ‘Tom Sawyer’ y, sin entender nada (¿dónde está el estribillo tarareable?) quedé prendado. Y también había otros discos que puntualmente sacaban en directo con bonitos títulos, ‘A show of hands’ (Espectáculo manual), como riéndose de los que decían que solo tenían técnica. Y se les morían familiares, y sufrían depresiones y esas cosas que pasan. Pero seguían sonando especiales. Y algunos, sin ser músicos y



Neil Peart, batería. HA

sabiendo a conciencia de qué lado del escenario nos gustaba estar, y respetando por eso a los que ponían sonido a nuestras emociones y a nuestros ocios, nos apabullaban los Rush. Qué sonido. Qué técnica. Y qué chulería a la hora de titular complejos temas con una sorprendente simpleza: ‘Los árboles’, ‘La villa Strangiato’...

Y creo que Rush no han tocado jamás en España, lo cual es sorprendente vista

la devoción que hay en estas tierras por ellos. Y ya no tocarán, claro. No la formación clásica de Rush, al menos.

Nigel Peart ha tenido un derrame cerebral y la historia llega a su fin. No sé por qué me queda una sensación de pena. Ni soy ni seré músico pero hay gente a la que quiero mucho que un día me dijeron que escuchara a Rush y que no tuviera miedo de su apabullante exhibición técnica. Provocaban emociones y de eso, supongo quizá erróneamente, trata lo de la música.

Pérdida irreparable pero sirva para animar a algunos a descubrir a Rush después de tanto tiempo. A la belleza no hay que tenerle miedo y solo falta ya que haya que disculparse por haber sido un batería soberbio. Porque, no se si lo he dicho, ha muerto Neil Peart, batería de Rush. ‘In memoriam’.